

*Carlos G.-Espresati Sánchez (†)*  
*Antonio J. Gascó y Sidro*

**APUNTES DE UN BLOC DE NOTAS  
DEL PINTOR PUIG RODA**

Este trabajo, tiene sus raíces, hace tiempo echadas. El maestro y amigo Carlos G. Espresati, me encargó en mis épocas estudiantiles, varios datos de la Real academia de San Carlos, referentes a la figura del pintor Puig Roda, que fuimos completando, con los archivos de la Diputación Castellonense, y con documentación —sobre todo varios blocs de anotaciones personales— directísima del artista, que nos facilitaron sus herederos.

Hoy, tras varios años del fallecimiento del coautor de estas líneas, me parece oportuno, recogerlas, ampliarlas y publicarlas con el triste pesar de tener que hacerlo yo solo. En ellas se recoge la vida de un hombre que nacido en humilde cuna rural, desarrolló su mocedad caprichosamente, pero con sentido autodidacto, y dio cauce a sus innatas aptitudes artísticas. Luego, la oportuna protección oficial las fomentó y educó, hasta convertir al mozo rústico en hombre de gustos refinados, amante de la cultura, (adquirida a la buena de Dios y sin disciplina pedagógica, ciertamente, pero con auténtico afán de ilustración) y en posesión de tal destreza técnica en su oficio, que sirviéndose de ella, como instrumento de sus facultades pictóricas lo convirtieron en maestro eminente de su arte, conocido y celebrado fuera de su patria.

De la abundancia y albur de sus lecturas a lo largo de su vida dan prueba las frecuentes referencias de compra de libros, anotadas en su Agenda, que iremos transcribiendo oportunamente al relacionarse con algún cuadro o motivo artístico. Una nota interesante en su retiro dice: "27 octubre 1914 — Me he suscrito a la obra *el Arte en España* que publica la casa Thomas, de Barcelona, un tomo cada dos meses, a razón, de 1,25 cada tomito. Me he quedado ya el 1.º y el 2.º" (En 11 abril 1919, adquiere, *Atlas, y Texto de Geografía, Izquierdo*. Es la última adquisición. Murió en noviembre de aquel año).

Durante los años 1890-91-92 y 93, anota en su diario multitud de compras de libros de autores italianos (Manzoni; Giovagnoli; Oscar Pio; Mezzabota, Bocaccio, Gozzoli, Capránica, Amicis, Goldoni, Nibbi, y algunos más) y otros autores no italianos (Flammarion, Zola, Ferval, Wisserman, Pereda). En la promiscuidad de estos nombres se vislumbra la desorientación del lector.

## UN HOMENAJE POSTUMO

En la época de nuestro aludido pintor, los ideales del Arte, aquí en España, hallábanse necesitados de vibrar en trance de renovación estética y técnica, víctimas de la modorra académica, inalterable, pese a las geniales y paralelas promesas, estéticamente redentoras, de Rosales y de Fortuny, malogradas por la prematura muerte de ambos. (Rosales vive desde el 4 de noviembre de 1836 al 13 de septiembre de 1873; y Fortuny del 11 de junio de 1838 al 21 de noviembre de 1874). Refiriéndose a tales tiempos dice Lafuente Ferrari en su *Historia de la Pintura Española*<sup>1</sup>:

“En España... la vida del arte es lánguida... y los artistas buscan ambiente y mercado fuera... En Roma se vive mejor; hay ambiente, historia y modelos; los marchantes acuden allí como foco internacional y compran sus obras a los pintores; muchos españoles, pensionados o no, van allá, se establecen, trabajan y venden; algunos no vuelven a su patria. Se crea así un núcleo que, como todo derecho, podemos llamar escuela española de Roma, en el cual hoy nombres tan ilustres como el de Fortuny, pero también artistas casi desconocidos entre nosotros, que no exponen nunca en su país, y que cuando son exhumados a veces, en póstumas conmemoraciones reveladoras, vienen a parecernos sorprendentes descubrimientos: recordemos entre otros al caso de Barbasán”.

Y este es el mismo caso del pintor Puig Roda, cuya memoria es oportuno evocar ahora, en un momento en que la Diputación Provincial de Castellón ha recibido en herencia una importantísima donación de sus obras más características y que estaban en poder de sus herederos.

## DE AUTODIDACTO A BECARIO

Hay en plena serranía de la provincia de Castellón un enredijo de montuosas fragas rodeando el plácido valle, en medio del cual levantó la torre de su iglesia el pueblecito de Tirig, con su caserío agrupado en rolde. Un día primaveral los campos aledaños de sus auferas salpicados de plata de olivos junto al tierno verdor de las viñas recién brotadas, se engalaron con los encajes de rosicler de los almendros floridos: bajo tales augurios de anuncio arcangélico, nació un niño, hijo de Pascual Puig y de Concepción Roda, su legítima consorte, a quien el cura puso el nombre de Gabriel, según cons-

1. LAFUENTE FERRARI, E., *Historia de la Pintura Española*, Madrid, 1946.

ta en el Libro de Bautismos de la Parroquia. Era el sábado 18 de marzo del año 1865<sup>2</sup>.

Estamos a mediados del siglo XIX, en una villa del Maestrazgo de Montesa, de unos mil habitantes, cuyo devenir discurre fácil en virtudes de patriarcal concordia. El casco pueblerino tiene alegre aspecto y forma calles de clara y llana traza, que dan al lugar su abierta y acogedora simpatía, en contraste con la adustez del cerco de abruptas montañas a la redonda de su contorno. A semejanza de lo que ocurre en aquel poema campoamorino del cura aldeano, aquí en esta quietud de vida rural “a falta de vecinos y vecinas— circulan por las calles gallinas” y no sólo callejan estos animales sino también los trotones lechoncillos de la dula, que intentan desmandarse gruñendo, mientras de un lado a otro los va atajando un chicuelo —*Gabriel* que es ya un mozalbete— para reunir la piara y salir al campo. La pobreza de los padres de éste les obliga a que sea su propio hijo quien apaciente los pocos gorrinillos que les pertenecen, mezclados en la misma dula, con otros lechones de algunos vecinos hacendados.

¿Quién gobierna esta insula feliz? En un artículo titulado *Curas, Médicos y Maestros*, dice Azorín: “En España, tres componentes de la primaria célula: el Cura párroco, el Maestro de escuela y el Médico. Trabajo arduo, nobilísimo, el de estos tres beneméritos ciudadanos... En un pueblo diminuto, al Cura, al Médico y al Maestro acuden los vecinos en demanda de los más variados servicios, no sólo de orden espiritual sino materiales”.

Con dichos personajes que gobiernan la salud espiritual, la mental y la corporal de Tirig, colabora el Ayuntamiento —compuesto de Alcalde y Secretario, con varios ediles— preocupándose de atender aquellos y los demás servicios vitales del procomún y hasta procurando festivo y sonoro solaz a los vecinos. Por ello patrocina una Banda de música de 20 plazas (gratuitas)<sup>3</sup> sin más dispendio presupuestario municipal que la compra del papel pautado para las copias de cada nueva partitura, o la ayuda para renovar algún instrumento de precio superior al peculio particular del músico que lo necesita. La filarmónica afición común a los menestrales y a los braceros del campo, mantiene cubierta la plantilla gratuita de la charanga, y todos sus individuos al acabar su jornada laboral, acuden con desinteresada asiduidad a los ensayos de la Academia musical, casi siempre nutrida de público auditorio para escucharlos.

Estos síntomas de general vocación artística explican, por ejemplo, que, contagiado de la filarmónica eudémica, el porquerizo Gabriel, al modo del antiguo pastorcillo Dafuis, se entretenga en las horas

2. Libro 4.º folio 318 Iglesia Parroquial de Tirig.

3. Cf. *Guía de la Provincia de Castellón*, Castellón, 1924.

solitarias de su montanera, tratando de interpretar en una flauta de caña —quizás por sus propias manos fabricada— los valeses y los pasacalles que oye a la Banda en los conciertos domingueros. Y también explican que, andando los años, estos gérmenes fructifiquen en culto de añoranza, y ya hombre famoso y asistente de su país tañese alguna vez entre sus amigos la flauta pastoril cuyo pasatiempo nos lo descifra esta dedicatoria manuscrita en la fotografía de un cuadro del pintor alcoyano, Cabrera, que representa un concierto musical: A mi amigo el flautista Puig, su affmo violín, R. López Cabrera, Roma, 89”.

Pero este zagal hace algo más que tañer la flauta en sus andanzas, pues tiene pícara manía de pintarrajear sobre cualquier plano propicio que le salga al paso.

Aquí, con tiznez de carbón, emborrona una enjambelgada tapia de corral llenándose de garabatos, y allá perfila infantiles monigotes con blanco de sal sobre el gris de unas rocas, y hasta les añade toques rojizos con almagre; en todas partes deja huellas de una caprichosa maña. Noticioso de ello el bueno del Maestro, se percata de la precoz disposición que demuestra Gabriel para tales escarceos decorativos, y le observa en las clases nocturnas de la Escuela a las que asiste, y donde con frecuencia le sorprende, absorto, mientras esquicia con fácil lápiz unas viñetas fantásticas al margen de sus cuadernos de cuentos y de caligrafía, o bosqueja el perfil de un compañero que se presta a servirle de modelo.

Estos rasguños tienen una firmeza de trazo ajena a las acromadas estampas que cuelgan en las paredes del Aula; ¿dónde, pues, ha sacado este mozuelo la enseñanza vivaz, evidente en sus diseños Esquemáticos? ¿Estudia y copia las pinturas rupestres de las cuevas *d'els Cavalls* y la *del Civil* que todo el pueblo conoce? No niega el zagal su gusto en ir descubriendo alguna vez figuras borrosas de correrías de caza y tropeles en aquellas cuevas del barranco de la Valltorta cuando va por su piara cerca de allí, pero no las copia. Le basta verlas para recordarlas, cuando se las sugieren escenas del mismo Tirig, en episodios movidos entre personas y animales, y así croquiza sus animados esbozos artísticos.

Reunidos en tribunal el Cura, el Médico y el Maestro, para juzgar tales obras del precoz autodidacto, los consideraron como importante promesa, y acordaron llamar al Alcalde para que se decidiese a resolver con urgencia el caso, pues no se podía perder tiempo dada la edad del chico.

Tenía éste doce años, sabía leer y escribir, demostraba evidente y singular aptitud para el dibujo y era cuestión de honor para el pueblo que no se malograsen dotes tan favorecidas por Dios. Había

que procurársele inmediata ayuda, y ante el acucioso problema queda perplejo el Alcalde.

De momento, hasta organizar los medios adecuados de enseñanza, encargose D. Miguel Roda el ejemplar Maestro de suplirlos a fuerza de buena voluntad (que Gabriel recordará siempre y en gratitud pintará su retrato en 1884) <sup>4</sup>.

Con modestas bolsas de estudio anticipadas por el Municipio y algún otro socorro particular y con el proyecto de encontrar colocación de aprendiz de pintor en algún taller de abanicos de Valencia, para ayudarse; el rústico tirecense se traslada a Valencia y se matricula para el curso 1877-78 en la Escuela de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos <sup>5</sup>.

Como le ha precedido la fama de su precoz revelación artística ejerciendo su pastoril oficio, sus condiscípulos al recibirlo le designan con el sobrenombre de "el pastoret"; pero éste, en pocos días, a la vista de la seriedad de su labor, y de su carácter, les hace aprender cómo han de llamarle, pues su nombre entero y verdadero, con el que firmó la solicitud de ingreso en la Escuela, y como figura inscrito en la lista de clase es: Gabriel Puig Roda <sup>6</sup>.

El porvenir se presagia incierto. La esperanza de encontrar trabajo en algún taller de pintar abanicos, ha fracasado: los recursos pecuniarios se van agotando, y Gabriel ha de volverse a su pueblo en espera de una pensión fija que al fin se le concede por la Diputación Provincial de Castellón en abril de 1880 <sup>7</sup>.

Ya de ahora en adelante la biografía de Gabriel Puig Roda es una serie de premios académicos que van registrándose en documentos oficiales <sup>8</sup>, mientras continúa disfrutando la pensión para estudiar en Valencia hasta 1885; a continuación en Madrid hasta 1888 y por último desde 1889 hasta 1892 en Roma. Al extinguirse la beca, queda el artista desconectado de todo organismo oficial que nos proporcione fechas y noticias de sus obras, pero gran parte de estos datos los podemos obtener de la Agenda en donde Puig Roda los va anotando... <sup>9</sup> cuando se acuerda. Aun así puede establecerse con relativo pormenor biográfico la actividad artística y social de nuestro pintor mientras permanece en Roma o viajando por Italia bajo cuyo cielo

4. CASCO SIDRO, A. J., "Gabriel Puig Roda" *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LII, Castellón 1.º trimestre 1976.

5. Libro de Matricula de la Real Academia de Bellas Artes de S. Carlos, Valencia, 1877.

6. Cf. nota 5.

7. Libro de Actas de Sesiones de la Excma. Diputación Provincial de Castellón, 20 de abril de 1880.

8. Actas de la Real Academia de San Carlos, Diplomas en poder de la Excma. Diputación Provincial de Castellón y de los herederos del pintor.

9. Agendas de notas de Gabriel Puig Roda, en poder de su hijo Gabriel Puig Roda Alcácer.

ha vivido once años. Pero cuando en 1900 regresa a España definitivamente, descuida las anotaciones en la agenda durante alguna temporada, y entonces se hace difícil restaurar la vida y obra del personaje en esta etapa.

Mientras disfrutó de la pensión para sus estudios artísticos cumplió con su deber de presentar a la Diputación anualmente una obra demostrativa de su aprovechamiento. El primer cuadro que ofreció Puig Roda a su Mecenaz fue *un paisaje* que la Corporación acordó aceptar, y comunicárselo en oficio de 28 de julio de 1881<sup>10</sup>. Es una pintura de singular encanto que se guarda en el Museo provincial: en ella —y desde su principio— se revela la sensibilidad colorista del autor, demostrada ya, antes, al lograr el áccesit en el concurso académico convocado para *pintar al óleo un ramo de flores*. Pero en lo que destaca su destreza es en el dibujo —tan espontáneamente practicado por él, desde niño— en cuya asignatura obtiene siempre la nota de sobresaliente, y el premio, previa oposición, tanto en este curso, como en todos los que estudia en Valencia; ganando también la “medalla de plata, de honor”.

Vistos sus adelantos la Diputación, en 1882, le aumenta la cuantía de la pensión; y por oficio de 20 noviembre 1883 le participa el acuerdo de aceptarle y agradecerle “el cuadro al óleo cuyo asunto histórico está relacionado con una de las glorias de esta ciudad”. He aquí la primera tentativa de composición de figuras<sup>11</sup>.

El alumno ha cumplido 18 años, y próximo a la edad de entrar en quintas, está en riesgo de tener que interrumpir, por tal motivo sus estudios. Para evitarlo, decide la Diputación redimirle del servicio militar, atendiendo la recomendación del Duque de Tetuán, entonces Diputado a Cortes por Lucena, y avalador del mozo, cuyo arte admiraba desde el principio. Siempre le prestó su decidido apoyo, y también para conseguir se le prorrogara la pensión al término de sus estudios en Valencia, para que los continúe en Madrid, y luego en Roma. Y cuando en 1891 la Diputación acuerda suprimir esta última, los esfuerzos del Duque logran que se restablezca para asegurar el futuro triunfo del artista<sup>12</sup>.

A las atenciones de su protector correspondía Puig Roda con su gratitud y veneración, que le testimonió con el homenaje de sendas obras pictóricas y con respetuosas misivas, demostrándole su afecto cada vez que recibía un favor durante su vida. Al enterarse de su muerte es lacónico en registrar la noticia, precisa hasta en la hora

10. Oficio dirigido a Gabriel Puig Roda, por la Excma. Diputación Provincial de Castellón de 28 de julio de 1881. Archivo Excma. Diputación Provincial.

11. Oficio dirigido a Gabriel Puig Roda, por la Excma. Diputación Provincial de Castellón de 28 de noviembre de 1883. Archivo Excma. Diputación Provincial.

12. Cf. nota 4.

del óbito. Indicio de duelo en su recuerdo: "9 febrero 1903. A las doce y media de la madrugada falleció en Madrid el Duque de Tetuán".

Se conserva en el Museo provincial el cuadro con el título de *Vendedora de flores* que remitió al finalizar el curso, el pensionado Puig Roda a la Diputación, la cual al participar al autor con fecha 23 julio 1884 la aceptación de su obra "le manifiesta el especial agrado con que esta Corporación Provincial ha recibido el cuadro a ella dedicado"<sup>13</sup>.

Al terminar el siguiente curso en la primavera de 1885, el Director de la Academia de Bellas Artes de Valencia Don Salustiano Asenjo, informa a la Diputación de Castellón que su pensionado el alumno Gabriel Puig Roda, había dado fin a sus estudios con la máxima brillantez y aprovechamiento, agotando con ello todas las materias que en las aulas de la Escuela de Bellas Artes de San Carlos se profesan. En consecuencia, conviene que prosiga desarrollando sus sobresalientes cualidades este alumno en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid, donde podrá perfeccionar su formación artística. Corresponde la Diputación acordando dar un voto de gracias a Don Salustiano Asenjo, por el interés demostrado en la enseñanza del alumno becario Gabriel Puig Roda, como lo demuestra la eficacia de los resultados; y también acuerda aumentar la pensión de éste para que pueda trasladarse a Madrid, y tenga medios suficientes para atender a sus necesidades. En la comunicación al interesado de 6 de noviembre de 1885, le manifiesta la satisfacción con que la Diputación se entera de los adelantos que hace en su carrera según se ve en el último cuadro presentado a la Corporación, con el título *Ecos del Harén* (Odalisca) fechado en 1885<sup>14</sup>.

Puig Roda conserva la buena memoria y viva amistad con su profesor de la Escuela de Valencia, cuya maestría y sagacidad crítica reconoce y sigue estimando. Recién llegado a Roma, se matricula en una clase de acuarelistas, y en su dietario no consta la fecha en que las clases empiezan, pero sí cuando acaban. Dice una nota del 16 de marzo de 1890: "En este día terminó la clase de acuarela del Círculo por no haber suficiente número de alumnos para costear los gastos que ocasionan en el mismo".

Bien fuera a petición del maestro, bien por espontánea decisión de Puig Roda, éste, apenas ha pasado un par de semanas de la clausura acuarelista, envía las muestras de sus adelantos al antiguo maestro, según anota así con fecha 31 de aquel marzo: "Mandé certificado por el correo cuatro estudios de acuarela, a Don Salustitno Asenjo".

---

13. Oficio dirigido a Gabriel Puig Roda por la Excm. Diputación Provincial de Castellón de 23 de julio de 1884. Archivo Excm. Diputación Provincial.

14. Oficio dirigido a Gabriel Puig Roda por la Excm. Diputación Provincial de Castellón de 6 de noviembre de 1885. Archivo Excm. Diputación Provincial.



Tan pronto como el becario Puig Roda llega a Madrid, antes de empezar el curso académico, su impaciencia lo lleva al Museo del Prado donde no tarda en dedicarse al estudio y copia de los grandes maestros, en especial de Goya y Velázquez, cuyas enseñanzas asimila entrañablemente y alguna vez afloran andando el tiempo, como el recuerdo de *Las Hilanderas* en una figura del cuadro *Labor de ganchillo*, pintado el año 1901, con fuerte y hermoso realismo. Y también el hecho de que los personajes del cuadrito de Puig Roda *El zapatero y la dama* vistan indumentarias de la época de los grabados goyescos y cierta semejanza de posturas favorece la sospecha de que esta anécdota pueda tener su antecedente en el Capricho de Goya, de la vieja Celestina que observa si *está bien* tirada la media en aquella pierna joven.

Quizá la actitud de ésta recuerde algo la de la dama en la escena del cuadrito de Puig Roda pero la insinuada picardihuela de éste carece del malicioso recreo del aguafuerte goyesco.

Nuestro pensionado siente un afán insaciable de saber. Ya ha ingresado en la Escuela de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y comprueba que en su ambiente no le bastan ni le satisfacen las nociones del sumario aprendizaje de su elemental instrucción. Ha de procurar ampliar sus conocimientos apoyándose en sus dotes de observador que va sacando enseñanzas para su uso de cuanto nuevo descubre en la vida.

Por eso ahinca en los estudios a que le obligan las nuevas asignaturas teóricas de la Escuela superior de Bellas Artes madrileña —Anatomía, Perspectiva, Historia, etc.— y como son ya materias de segundo grado, le prestan tema para ejercitarse en el diálogo con alguno de sus condiscípulos que además también tiene matrícula universitaria. Claro que si en los tanteos iniciales es tímido, tiempo vendrá para adquirir soltura en el intercambio cultural propio de la estudiantil camaradería donde se mezclan artistas y literatos en agraz. Su vocación de saber es firme.

El primer cuadro que desde Madrid envía Puig Roda a la Diputación de Castellón se titula *El Memoralista*, lleva la fecha 1886 y es un lienzo académico. Pero aun siendo escolástico en la elección del tema, expresivo de un típico oficio de pendolista, muy de la época suya, la corrección con que está compuesto el grupo y las naturales actitudes de las figuras, tiene su dibujo una enérgica precisión y las manchas cromáticas tan cruda y sincera verdad, que fijan la escena con vida de intenso realismo. Ante los cuadros de esta familia estética jalonada a lo largo de la vida de su autor y exhibidos al público en la Exposición póstuma de sus pinturas, escribió el crítico J. J. Se-

ment<sup>15</sup>: "Cultivó también Puig Roda los cuadros de género donde afirma su personalidad pictórica, sobria, castiza, netamente española... Nuestro pintor, devoto del naturalismo hondamente sentido y vigorosamente reflejados, era un perfecto artista de raza...".

El año 1888 acuerda la Diputación aumentar la pensión de su becario para que en el siguiente curso amplíe en Roma sus estudios; y este año, antes de abandonar Madrid y su labor de copista en el Museo del Prado, pinta del natural varios lienzos, entre ellos la airosa figura de *Lavandera del Manzanares* sobre fondo de paisaje, que entrega a la Diputación. Meses después, desde Roma (a donde llegó el día 29 de mayo de 1889) le remite un lienzo de 156×244 que merece los efusivos plácemes de la Corporación Provincial según le comunican en una carta fechada a 17 de octubre de 1889 y firmada por el Presidente, el Secretario y cuatro Diputados provinciales. Dice así:

"Sr. D. Gabriel Puig Roda. Muy Sr. nuestro y querido amigo. Pocas veces se dirigirán los que suscriben esta carta, a un patrocinado suyo para felicitarle con más satisfacción y noble orgullo con que lo hacen en la presente ocasión para expresarle su más completa enhorabuena y el más entusiasta elogio por su último cuadro *La caída de la tarde en San Lorenzo* que consideramos como una acabada obra de arte, y que demuestra los notables progresos realizados por Vd. durante la corta estancia en esa capital y prueba además que no son infructuosos los sacrificios de esta Corporación Provincial por sus hijos esclarecidos y por las artes españolas.

Haciendo nuestros los demás elogios de la prensa, que adjuntos le remitimos, le reiteramos nuestra cariñosa enhorabuena, recomendándole continúe sus estudios de paisaje y la composición de asuntos históricos, verdadero fin del arte pictórico.

Como siempre se reiteran de Vd. sus afectuosos amigos y S.S. Q.B.S.M.

Victorino Fabra - Vicente Delago - José Ráfels García - Társilo Jimeno Agins - V. Meliá Dels - Telmo Vega Olmedo".

Ya en Roma, empezamos a encontrar en las hojas de la Agenda, noticias de sus cuadros. Con fecha 3 septiembre 1889 "Terminé el cuadro para la Diputación *La caída de la tarde*". Y refiriéndose al mismo otra nota, fecha septiembre, 10, dice: "Mandé el cuadro a la Diputación: las dimensiones del mismo son 158×228".

La Diputación le acusa recibo al pintor, de su cuadro, en la carta antes transcrita, fechada 17 octubre 1889.

15. SENENT, J., "Crítica de Arte", *Las Provincias*, Valencia, 22 de mayo de 1920.

## UN CUADRO DE HISTORIA

Nos consta, según acabamos de ver, que apenas llegado a Roma Puig Roda, se pone a pintar con tal entusiasmo un cuadro de buen tamaño (158×228) que lo termina y remite a la Diputación castellanense en menos de tres meses "*La caída de la tarde en San Lorenzo*". Es un paisaje saturado de emoción lírica. ¿Acaso teñido de su añoranza en el exilio?

Cuando descansa de pintar se dedica a visitar y conocer Roma: sus monumentos, sus templos, sus Museos, las catacumbas, las ruinas históricas... Y las solemnes ceremonias pontificias. De todo hay huella en las notas de la Agenda, como las hay de su antigua afición a la música que ya cultivaba de recién llegado, pues antes de cumplirse el primer año de su residencia romana, anota con fecha 27 marzo 1890: "Fui al concierto que en el Palacio Sabini dieron las hermanas Mililotte acompañadas por el profesor Sgambati"; y pocos meses después, el 8 de agosto 1890, consigna esto: "Compré un método de música para aprender a tocar la guitarra".

Cabe sospechar que esta compra no la hiciese en Roma, pues debió de estar ausente durante el mes completo disfrutando el clásico "Ferragosto" del año 1890 instructiva vacación, según se deduce de la nota que dice: "30 agosto 1890. He regresado de mi viaje veraniego, habiendo visitado detenidamente Napoli, Livorno y Florencia". Parece probable que el aprendiz de guitarra comprase dicho método musical en cualquier punto de su viaje, por ejemplo el día 8 en Nápoles, en cuya ciudad la guitarra es instrumento habitual.

(Se encuentran varias notas, dispersas, delatorias de su filarmonía. En 19 enero 1891: "Dieron un concierto las hermanas Miliotte").

Otra vez le basta la presencia de un famoso músico en un ágape entre amigos y colegas para considerar este ágape profesional como acontecimiento digno de conmemorarse en su Agenda, y escribe: "23 mayo 1891. Los socios del Círculo hicimos un banquete al que asistió el Maestro Mascagni". (Se adivina al buen Puig Roda orondo y feliz ante el triunfante autor de óperas).

En otra nota se lee: "4 abril 1894. Asistía al Concierto de guitarra del Sr. Arnice, en la sala Humberto I". Esta predilección por la guitarra la demuestra en varias circunstancias y de diversas maneras. Es durante aquella época tema favorito de distintas acuarelas suyas con el título *Rasgueando la guitarra* la figura de un guitarrista, que con frecuencia es una mujer, sentada, en ademán de tañer el armonioso instrumento. Después no sabemos si Puig Roda dejaría en

Roma, olvidada, la guitarra que allí se propuso aprender a tocar, en 1890, pero cabe la sospecha del olvido, o de pérdida, al leer esta otra nota de la Agenda escrita ya, años después, en Vinaroz: "6 mayo 1908. Me compré una guitarra por 8 pesetas a la calle Ancha".

Sobre el mismo tema es curiosa la nota fechada a 26 marzo 1891 (temporada de su fervor guitarrístico) en la que copia un buen fragmento en verso italiano, de Bocaccio, que el artista recoge en su Agenda como sugestión literaria de ambiente de época, para el tema *La serenata* de uno de sus cuadros. En las estrofas transcritas, suena, como es de rigor, una guitarra que el galán cantante acaricia: "*Cuanto é cara — la mia chitarra*".

Y por fin, para testimoniar su afición musical baste recordar que obsequia a la Banda Municipal de su pueblo con unas partituras: "18 octubre 1895. Mandé a Don Tomás Bertrán un certificado conteniendo tres óperas de música para que las entregue al Sr. Maestro de Tirig". Y además repite con otro envío al siguiente mes: "5 noviembre 1895. Mandé por medio de certificado postal la partitura de la Marcha Reale Italiana, a mi pueblo".

Tiempo después, residente ya en España, aún consigna en su Dietario alguna musicalería: "1890. Enero 26. Se ha celebrado en el Círculo Artístico en Barcelona una velada musical".

Y su iniciación en las delicias, de la ópera: "9 abril 1902. Estuve por primera vez en el Liceo. Representaron *Tosca*".

No le priva su devoción filarmónica de cumplir con fidelidad sus compromisos pictóricos, y puntualmente remite a la Diputación Provincial el cuadro que corresponde al penúltimo año de su pensión, cuyo envío queda consignado así en la Agenda: "14 julio 1891. En este día mando al Presidente de la Diputación de Castellón el cuadro que según costumbre mandé todos los años como pensionado: Las dimensiones, 158×246".

Es un excelente cuadro que se titula *La Ofrenda* y se conserva en el Museo Provincial. La visión realista de esta escena piadosa, nimbada de popular unción, resalta en la justa expresividad de las figuras por la gracia flexible de su dibujo, y la plasticidad de su firme pincelada y brioso acorde de color.

En su afán de "documentarse" el becario toma referencia de los edificios y parajes que le llaman la atención. De este tipo de curiosidad se refleja en la nota que dice: "26 de septiembre 1891. Saqué el permiso para copiar el palacio Colonna valedero para un mes".

Con idéntica seriedad procede siempre en su conducta, sea escolar o social. Deseoso de acabar de perfeccionarse en la técnica de la acuarela, y como en 16 de marzo 1890 fracasaron las clases a que asistía en el Círculo nuestro —según se dijo en una página anterior—

Puig Roda insiste y recurre posteriormente al Círculo Internacional cuyas clases de acuarela empiezan según consigna en su Agenda, en diciembre de 1891, y en el curso siguiente empiezan también en diciembre de 1892, año en que se extingue la beca de su pensión. Desde entonces el artista se preocupa ya en planear el tema del cuadro que corresponde remitir a la Diputación protectora para cancelar la deuda del Mecenazgo. Un cuadro de Historia es lo acostumbrado en estos casos. Aparte de esta generosa tarea emprende las de pintar y pintar sin descuidarse, para vender sus obras, con objeto de subvenir a las propias necesidades ya que le falta el *maná* de la pensión. Trabaja a marchas forzadas pues a partir de estas fechas se multiplican en la Agenda noticias de cuadros y dibujos vendidos, sus precios, sus mercados, sus títulos, las ciudades donde se celebran exposiciones a las que concurre, etc.

Pero ¿cuál será el tema apropiado para el cuadro de Historia? En la Agenda se lee esta nota: "8 junio 1892. Empiezo el cuadro sacado de los sainetes de Ramón de la Cruz".

Lo cual nos dice que hasta llegar a esta decisión el pintor ha estado estudiando los personajes característicos del sainete dieciochesco y los bosqueja previamente; es la consabida farándula de petimetres figureros, melindrosas madamas, la manolería popular de rompe y rasga, de las majas con tufos y los chisperos a lo jácara, más algún fraile o soldado de añadidura; en resumen, los tipos castizos de la españolería goyesca, aprovechados por Puig Roda en los bocetos y apuntes que va vendiendo para salir de apuros.

Ya entrado el mes de julio, el pintor ganoso del fresco ambiente de la sierra, sin duda, para serenar su ánimo de las cavilaciones que le proporciona el apremiante cuadro (cuyo tema, planteado ya en el bastidor, acaso no le satisface) realiza una excursión que anota de este modo: "Estuve en Castellgandolfo y Albano, y tuve ocasión de ver el gran lago de Albano". Pero esta escapada de ida y vuelta en un periquete, ni aplaca su inquietud ni remedia su necesidad, por ello decide alejarse de Roma una temporada en busca de paisajes y ambientes que le distraigan y emprende un periplo que dura casi un par de meses. He aquí las notas de salida y regreso: 31 julio 1892. Con (*sic*) el tren de las 10,25 *será*, salgo para Pisa... 25 septiembre 1892. A las tres de la tarde regresé de mi viaje circular por Italia, habiendo visitado Pisa, Génova, Torino, Milano, Verona, Pádova, Venezia, Bologna, Ancona, y los "dintornos" principales de todas estas capitales". De la escrupulosidad con que toma sus apuntes en este viaje, es notoria prueba este admirable *Pórtico de Verona*, una de sus mejores pinturas de ambiente y paisaje.

Del cuadro sainetesco no vuelve a decir nada. ¿Está desahuciado ese tema para el cuadro de Historia? Es de creer, pues Puig Roda anda hojeando libros de Historia. Y ¿para qué podía ser si no es para buscar un episodio memorable adecuado para pintarlo? Y como su obra de Historia está descabalada y él es hombre concienzudo, compra los libros que le factura, según consta en la Agenda:

“17 octubre 1892. Mandé a Montaner y Simón 80 pesetas por adquirir los 14 tomos que me faltan de la Historia de España de Lafuente”.

“2 noviembre 1892. Recibidos”.

Ya puede seguir buscando, en estos catorce libros que acaba de recibir, el tema que sin duda ha estado persiguiendo en los capítulos de los once tomos antiguos en su poder (pues esta edición de la Historia de Lafuente tiene 25 tomos) desde que a fin de septiembre regresó de su viaje: Pero no vuelve a nombrar su proyecto de cuadro de Historia, ni consigna el hallazgo del tema, ni cuando empieza el cuadro, ni el título elegido. No sabremos nada hasta que termina el cuadro y lo remite a su destino, según los siguientes apuntes de su Agenda:

“15 diciembre 1894. En esta fecha mando a la Diputación el cuadro *La expulsión de los moriscos*, por conducto del expedicionista Sr. Ramponi.

13 enero 1895. Recibí carta de Don Telmo Vega en la que me dice han recibido el cuadro *La expulsión de los moriscos* que regalo como último envío de la Diputación de Castellón.

30 enero 1895. Recibí un oficio del Gobierno Civil de Castellón en el que me expresan lo contentos que han quedado del cuadro que les he enviado como último envío”.

En efecto, en el indicado oficio fechado el 26 de enero se dice textualmente: “...que conste en acta y se participe al citado Don Gabriel Puig Roda el testimonio de gratitud a la Corporación provincial a que se ha hecho acreedor por su comportamiento con la misma, y que se le den las gracias más expresivas, haciéndole saber al mismo tiempo la satisfacción con que ésta ha visto coronado los laboriosos e inteligentes trabajos de que tantas pruebas ha dado el emiente pintor Señor Puig Roda y que en tan alto grado resplandecen en el cuadro histórico *La expulsión de los morismos*”<sup>16</sup>.

En estas últimas frases parece aludirse al acierto en la elección del tema que da título al cuadro y debe reconocerse en ello un fruto del talento y la razonada reflexión del autor. Si en alguna ocasión pensó Puig Roda en un cuadro sacado de los sainetes de Ramón de

---

16. Cf. nota 4.

la Cruz, advertiría como carácter de época, pero incapaz de conservar valor psico-estético permanente, a través del tiempo, y lo desechó.

Entonces insistiendo en el estudio de su problema, encontró felizmente la solución en el histórico episodio de magnitud nacional de la expulsión de los moriscos, calamidad de trascendencia social que fue más grave en determinadas comarcas, como la propia nativa del pintor, en cuya más próxima playa localiza éste la dramática escena del embarque de los expulsados.

Con razón se han censurado los cuadros de historia como género de obras de inspiración artificiosa, y por lo tanto insinceras y declamatorias, tanto por su obligada temática de anécdotas históricas en versiones literarias grandilocuentes, como por su colosalismo en las figuras de primeros planos y en la abigarrada multitud de la comparsa que las rodea. Pero no todos los cuadros de historia son merecedores de anatema, ya que el género tiene en su prosapia un ejemplo insigne como es el velazqueño cuadro de *Las lanzas*, y que a tan preclara familia pertenece —salvando distancias— “*La rendición de Bailén*” que recuerda la lección de cortesía que Velázquez inmortalizó en Breda, y a su alrededor el coro de figuras cúsitas en ambas efemérides no carece de bizarra naturalidad.

Aparte de estas excepciones y de alguna otra que acaso hay, no puede negarse que en la caterva enfática de los lienzos históricos de Pradilla, Madrazo, Gisbert, Domingo, Pinazo, Moreno Carbonero, Muñoz Degrain, etc., no todo es desdeñable, pues raro es el cuadro que no da testimonio de parciales aciertos, acreditando la maestría del autor, aun no siendo plausible su obra. Dicho esto mismo, con palabras de Lafuente Ferrari, se lee:

“De vez en vez hallamos en estos cuadros buenos trozos de ejecución, excelentes composiciones que, perjudicadas por el desmesurado formato, hay en ocasiones, que estimar como afortunadas; comprobamos en suma, que en este género falso gastaron algunos pintores españoles dotes nada comunes”<sup>17</sup>.

Entre estos pintores, Gabriel Puig Roda también se vio en el trance de cumplir con la exigencia del ampuloso gusto de la época, convertido en costumbre, para el caso en que estaba nuestro becario, —de liquidar su deuda de gratitud por la pensión— enviando a la Diputación un cuadro de historia. Este significaba entonces el máximo ideal artístico ya que la misma Corporación lo consideraba como “el verdadero fin del arte pictórico”. Recordemos que con estas palabras terminaba la carta transcrita en páginas anteriores, en las que los Diputados provinciales felicitaban a Puig Roda “recomendán-

17. Cf. nota 1.

dole continúe sus estudios de paisaje y la *composición de asuntos históricos*".

Puig Roda "continuó sus estudios" como le recomendaban, pero, siempre ávido de cultura, no se limitó a la sabiduría técnica de su profesión sino que quiso ampliar sus conocimientos con el de idiomas de extrangis, según prueban las siguientes notas de su dietario:

29 noviembre 93. Empecé las lecciones de francés bajo la dirección de la profesora inglesa Rosalinde Walles.

13 junio 1894. Mandé a la profesora su retrato que le hice como regalo.

10 julio 1894. Di la última lección de francés con la profesora y le pagué 70 liras importe de las lecciones que le debía.

10 noviembre 1894. Empecé las lecciones de francés con el profesor Lombardi.

10 abril 1895. En esta fecha empiezo a estudiar el inglés del francés con el profesor Sr. Lombardi.

1.º octubre 1895. Empiezo las lecciones de inglés con el profesor C. a Trebbi.

31 octubre 1895. Pagué 25 liras al profesor de inglés por el mes de octubre.

31 diciembre 1895. Pagué al profesor de inglés 25 liras por las lecciones del presente mes.

Y tal como estudia los idiomas y estudió la acuarela, estudia minuciosamente la Historia en la vida y las costumbres de los moriscos en sus hogares de las serranías castellonenses, sin ajuares domésticos y sus ropajes y utensilios caseros, los aperos de campo, los avíos y bártulos de todas clases que las pobres gentes desahuciadas arrastran consigo en faros y fardéles abarrotando la impedimenta de la dolorosa caravana hacia el destierro.

Con tales elementos logra crear la poemática visión de un éxodo, en su gigantesco lienzo (de 3,50×5,50), donde son posibles episodios secundarios en fragmentos insertos en la composición total que aun siendo de fácil desglose para su análisis, también por su gran eficacia, significativa son piezas esenciales e inseparables del resto en la valoración psicológica del conjunto. De este carácter semi autónomo es el grupo de la izquierda del cuadro en el que un cofre abierto se ofrece ante la rapacidad de un alguacil o cuadrillero y se desparraman por el suelo fútiles abalorios, oropeles, pasamanerías, todos los perendengues y prendas de la intimidad de esa infeliz cuitada que llora su desdicha... y estupendo bodegón elegíaco con la fuerza de un *Vanitas* de Pereda o de Deleito! ¡Qué airado gesto de amenaza el de ese personaje que casi en el fondo del cuadro, desde la misma orilla del mar lanza su imprecación contra el ministril



rapaz! El apunte de esta figura —que no es de primer término— está construido con honrada firmeza y magistral seguridad. Buen testimonio de sólido estudio que Puig Roda dedicó a la composición y ejecución del lienzo *La expulsión de los moriscos*.

En la monografía publicada en el “Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura”, con motivo del centenario natal del tiricense Gabriel Puig Roda, expuso su autorizado juicio técnico-estético acerca de la monumental pintura *La expulsión de los moriscos*, el pintor Juan B. Porcar, del modo siguiente<sup>18</sup>:

“La obra cumbre del becario ofrecida a nuestra provincia llena de admiración a cuantas generaciones la contemplan. El tema histórico que Puig Roda ha plasmado en este lienzo de grandes dimensiones revela la gran maestría alcanzada y la plenitud de su genio. Los grupos protagonistas que intervienen en la escena, pletórica de inquietudes y desazones al acabar la dramática orden —escena de expolio, y desespero ante el horizonte de la emigración— los detalles de esta carga eléctrica contenida en los corazones de los protagonistas, son resueltas técnicamente, no con un fino pincel de cuarta, sino con grandes y vigorosos trazos de espátula; la orquestal rima en grises, apareciendo las figuras en un atardecer de nuestras playas, hacia el oeste africano, nimbando lejanos horizontes detrás de las galeras que esperan a estos pobres españoles forzados a emigrar. La corrección realista de los grupos, la expresión sentida y honda de sus ademanes, deja ver clara y comprensiva la generadora idea, el papel escénico que el pintor les ha confiado; una brumosa neblina de nacarados matices los unifica, percibiéndose el abigarrado griterío de gemidos y sollozos, en la despedida trágica, de los que se quedan y los que se marchan. El pintor intercala, cimera, la cruz de término de Tirig, peirón de la Valltorta, para inclinarnos que el hecho histórico debió de ocurrir en una de las playas cercanas a Vinaroz. Acusa su documentación histórica, de que el pintor se ha provisto en la ejecución de esta obra la ausencia de anacronismos, en la indumentaria, en los mil útiles y pertrechos, en el mobiliario pintado en la grandiosa y patética escena. Todo indica una elaboración cuidada, una colaboración de sus amigos doctos, concedores del tema y guía en sus consultas”.

Este lienzo de tan extraordinario tamaño no podía instalarse y no figuró en la exposición póstuma de la obra pictórica de Puig Roda exhibida en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, que antes se expuso en el Museo de la Academia de Bellas Artes de S. Carlos en Valen-

18. PORCAR RIPOLLÉS, J., “En el Centenario del Pintor Gabriel Puig Roda. 1865-1965”, *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XLI, Castellón 4.º trimestre de 1965.

cia, y años después en el Ateneo Castellonense de Barcelona<sup>19</sup>. Nunca hasta entonces se había reunido en parte la dispersa obra de Puig Roda en una exposición unitaria. La crítica de aquellas fechas desinterandose de la muestra la juzgó frívolamente. Dice Porcar en su citado trabajo a propósito de esos comentarios críticos a la pintura de Puig Roda:

“Algunos comentadores de su obra expuesta lo calificaron de pintor “provinciano” de “plagiario” incluyéndolo en la órbita de Mariano Fortuny, exaltando así su maestría hasta el punto de confundirlo con el maestro de Reus. Encontraron más cómodo etiquetarlo así que estudiar el arte de su taller y de las peculiares obras que de él salieron... el gran... pintor Puig Roda era un gran maestro parangonable con Fortuny.

.....

A nuestro Puig Roda, admirador de Fortuny no se le puede considerar plagiario porque repita un tema común de la época, como no consideramos plagio que la mística de Puvis de Chavannes quede reflejada en los Arlequines de Picasso”.

### HISTORIAS DE OTROS CUADROS

Cuando el pintor Gabriel Puig Roda, becario de la Diputación Provincial de Castellón, llega en mayo de 1889 a Roma para bautizar su arte en las fuentes vivas de la Ciudad Eterna, hace ya quince años que Mariano Fortuny “dio su alma al cielo, su fama al mundo, su corazón a su patria” según dice el epitafio grabado sobre la urna que guarda en la Iglesia de San Pedro, de Reus, la cordial reliquia del pintor insigne, allí nacido.

Es verdad que en 1889 no existe ya la camarilla artística cortejadora en Roma de la egregia paleta del autor de *La Vicaria*, esa estampa nupcial exaltada por Gauthier en párrafos preciosistas rivales, en policromía y fulgores de la propia pintura loada (recuérdese que entre el clamor de triunfo con que París recibió en 1870 la exposición de *La Vicaria*, la elogió, así el gran Teófilo: “ese cuadro es un boceto de Goya tomado y retocado por Meissonier”).

Es verdad que está ausente de Roma el cenáculo de los amigos de Fortuny, y sin embargo persiste en su “diutorno” con inefable sahumero de sus esencias esotéricas, que impregna las obras de los

19. Sobre estas exposiciones y sus críticas cfr. GASCÓ SIDRO, A. J., “Gabriel Puig Roda”, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* LII, Castellón 2.º trimestre 1976.

jóvenes pintores: Hay que esforzarse en olvidar la magia de ese mimetismo perdurable en el tiempo. Los temas gratos y familiares a Meissonier que popularizó Fortuny con primoroso virtuosismo a cuenta del pedantesco y vanistorio siglo XVIII y sus fabulistas y eruditos, fueron temas amanerados y repetidos hasta el empacho por sus acérrimos imitadores. Contra su peligrosa influencia estaba inmunizado al parecer, Puig Roda por su robusta educación innata en la cuna artística del natural; y, sin embargo, tampoco él pudo evadirse de algún venial contagio, si bien pronto logró sanar. Así lo vio el madrileño crítico de *El Debate*<sup>20</sup>:

“Lo más grato en las obras de Puig Roda es que la influencia de Fortuny no llega nunca a la copia servil, sino que se advierte siempre una manera propia, una personalidad definida que avalora el cuadro y le da fuerza y carácter”.

Recordemos su fallido proyecto de cuadro “sacado de los sainetes de Ramón de la Cruz”. He aquí a Puig Roda el 8 de junio de 1892 pugnando por desembarazarse del enjambre pintoresco de tipos avecinados en las casas de *Tócame Roque* y Fandangos de candil en los sacros Liceos, Academias ilustres, flor y nata de la décimooctava centuria. Ellos con sus disfraces de guardarropía, acosan al pintor para que los vaya encumbrando en su monumental lienzo, preparado para regalo de fin de pensión, en tributo y adiós al mecenas; pero al artista no le satisface el conjunto de figuras y tampoco tolera el ridículo empaque de los protagonistas.

Y mientras murmura invectivas contra su propia obra va borrando su bosquejo. Al verse amenazado de desaparecer, sus modelos le sujetan los brazos y gimotean rogándole que los retrate. El autor forcejea hasta que logra desasirse de sus fantasmas y sale de “estampía”. ¡Huye!

Atrás va quedando Roma, y el tren vuela hacia Pisa... Luego recorre el norte de Italia. Como ya sabemos, este viaje *para olvidar* dura desde el día 31 de julio hasta el 24 de septiembre de 1892.

Después, ya de regreso en Roma, estudia, hasta desentrañarlo, un tema idóneo para su “cuadro de Historia” y se entrega a su labor, en silencio, durante dos años. En diciembre de 1894 entrega su *Expulsión de los moriscos* y libre ya de esta obsesión se dedica a satisfacer las demandas de los cada vez más numerosos marchantes que acudían a su estudio, establecido en Via Margutta, de cuyos chamarileos apenas si queda huella en su dietario. En cambio suele anotar en su Agenda el trato y venta de sus cuadros en las diversas Exposiciones a donde de costumbre envía: Mónaco, Berlín, Praga, París, Breslau, Munich, Viena y San Petersburgo, aparte de los que por

20. Cf. nota 19.

excepción van a Londres, al Cairo y hasta América Española y Norteamérica.

Cuando hace viajes a su Tirig natal no por eso deja de pintar, y así pueden leerse varias notas como esta: "1897. 7 noviembre. Vendí al Sr. A. Von Beerle el cuadrito del *Pozo*, que hice este verano en mi pueblo, por mil trescientas liras". Este mismo cliente ya le había comprado otro cuadro que reprodujo la prensa, como se dice en la Agenda:

"1894. 22 septiembre. Recibí un número de la "Ilustración Alemana" que publica en grabado mi cuadrito del *Zapatero*, que vendí al Sr. Von Beerle, de Berlín. ¡Deliciosa escena como se ve en esta página digna de ilustrar un diálogo ingenioso y galante de D. Ramón de la Cruz!

Para poder reproducir en grabado una de estas pinturas, hay que solicitar autorización del autor, y abonar los derechos correspondientes, como se acusa aquí:

"1895. 11 mayo. Vendí por 40 liras la propiedad de reproducir en grabado la fotografía del cuadro de *Las floristas*".

En otras ocasiones lo que se solicita al cabo de años no es la reproducción fotográfica del cuadro sino la del auténtico lienzo pintado por su propio autor; battésimo.

"1872. 7 mayo. Vendí por 1.750 pesetas el cuadro *Ritorno del Battésimo*".

Ha pasado tiempo y registra nueva petición del mismo:

"1899. 8 septiembre. Recibo telegrama desde Berlín, ofreciendo 2.500 marcos por el *Retorno del bautismo*. Contesto afirmativamente".  
"1899. Diciembre. En esta fecha recibo de Berlín. 2.250 marcos por la venta del cuadro *La vuelta del bautizo*, estando ya descontados en esta suma el diez por ciento por derechos de comisión. Valor en moneda italiana: 2.976,25".

Probablemente estas réplicas del cuadro original que suelen ofrecer ligeras diferencias respecto al modelo (de ademanes o de posición de alguna figura, y hasta desaparecieron de cualquiera de ellas pues en estas réplicas hay quizá supresión de objetos, pero nunca añadimientos) Puig Roda las pintaría sobre el mismo boceto primitivo, con leves retoques. En determinadas notas de su dietario confiesa el "duplicado", sin ambages: "1899. 20 marzo. Hoy mando *La bendición del Cardenal* (2.<sup>a</sup> reproducción) a la Exposición de Mónaco" (El cuadrito original, de este título, fue vendido un par de años antes a Von Beerle, junto con la tablita *El bautizo*, por 2.500 fr. según consta en la nota del dietario, de fecha 19 abril 1897).

Como es precavido, su autor, envía las réplicas a Exposiciones muy alejadas de las que exhiben sus cuadros originales. Esta de Mónaco es una de las favorecidas por Puig Roda, quien recibe de ella, con frecuencia, órdenes en demanda de acuarelas y de cuadritos de caballete (70×50) como esta de *Las bailarinas*.

La anotación que Puig Roda hace en su Agenda el 1.º de enero 1894 "Empecé el cuadrito de *Las bailarinas* (repetición variada)" nos indica que el autor trató el mismo tema con alguna diferencia en la composición en pinturas anteriores. Esta vez, al terminar el cuadro lo remite a Lucerna en 20 de marzo de 1894. Una variante (según su costumbre) del mismo asunto pero con el título de *El baile*, se lo propone a Van Beerle, de Berlín y éste se lo compra por 1.500 liras. Puig Roda le remite el cuadro el 30 de abril 1895 y siguiendo su táctica saca en seguida fotografías del mismo y se las envía a Bobkine en S. Petersburgo el 3 de mayo. El éxito del cuadrito lo atestigua en 1.º de octubre de 1895 Paul Fruhanf quien le compra a Puig Roda por 50 liras el derecho a reproducirlo en grabado.

Algunos años después, en septiembre 1898 el Sig. Ernts Wiest, de Mónaco le ofrece mil marcos por el cuadrito de *Las bailarinas*, y le contesta su autor el día 24 de aquel mes, aceptando. El cheque de 1.204 liras lo recibe y cobra Puig Roda por la venta, el 7 noviembre 1898.

Por último, otra vez con el viejo título *El baile*, pinta en 1914 una versión nueva de esta escena, y Bou se lleva el cuadro a América, para venderlo en 2.500 pesetas, pero al regresar, se lo devuelve a Puig Roda porque debido a la crisis de la guerra ha sido imposible hacer negocio.

Esa visión de graciosa ingravidez en la danza, encanto del arte de Degas, la interpreta nuestro pintor —menos frívolo que el francés—, con brio de pincelada y sinceridad de dibujo, sin concesiones a la vaporosidad fantaseadora, y fiel a su carácter realista. He aquí la nota:

"1898. 7 diciembre. Recibí de la Comisión de ventas en la Exposición de Mónaco (Palacio de Cristal) un cheque de 1.204 liras como importe de la venta del cuadrito de *Las bailarinas* (70×50)".

A continuación de esta nota hay otra que dice:

"1898. 18 diciembre. Vendidas a París tres acuarelas grandes y dos pequeñas". De este modo suele anotar, sólo con vaga indicación del tamaño relativo de las obras, y sin designarlas por ningún título, las ventas y remesas abundantes de acuarelas y tablitas a Praga, Dresde, Berlín, Viena, Mónaco, etc., y más allá, hasta el Cairo y Santiago de Chile. Por eso es tan raro encontrar en ellas alguna mención de su tema, como en ésta que envía a Berlín el 24 marzo 1894 con el título *Media figura de española*; o las dos que representan,

—según declara— *Una chula* y *Un fraile*, vendidas ambas en fecha 7 de febrero 1890. Por las noticias de sus coetáneos y por los indicios esporádicos de su dietario, hemos de convenir en que los tipos predominantes en la demanda del mercado de arte al que este infatigable pintor satisfacía, eran tipos de la españolería de “pan y toros”, y por ello en sus acuarelas y tablitas reproducía los personajes “sacado de los sainetes de D. Ramón de la Cruz”. Todo ello concurría en mantener vivo ante los ojos del pintor el tema que le tentó para la frustrada realización del *cuadro de historia*, en cuya pugna vimos que lo desplazó el otro tema, triunfante con el título de la *Expulsión de los moriscos*.

Ahora bien, la pervivencia utilitaria de tales caracteres goyescos en arquetipos aislados, acarreó su agrupación en una escena de costumbres de rumbo: la albórbola al entrar en el salón del convite y del cortejo de un bautizo: este es el cuadro al que Puig Roda alude en su nota:

“7 mayo 1892. Vendí por 1.750 pesetas el cuadro *El retorno del bauttessimo*”.

Tal cuadro tuvo su réplica siete años después, sobre el mismo asunto pero con ligeras variaciones, acusadas también, como suele hacer, en el título (que ahora es *La vuelta del bautizo*) registrado en las siguientes reseñas:

“8 marzo 1899. Mando a la Exposición de Berlín el cuadro “*Vuelta del bautizo*”. “8 septiembre 1899. Recibo telegrama desde Berlín ofreciendo 2.500 marcos por el cuadro *La vuelta del bautizo*. Contesto afirmativamente”. “18 septiembre 1899. En esta fecha recibo de Berlín, 2.250 marcos por la venta del cuadro “*La vuelta del bautizo*” estando ya descontados en esta suma el 10% por derechos de comisión. Valor en moneda italiana 2.976,75”.

Es curioso observar cómo el “tema del bautizo” que al abandonar el ambiente de los sainetes de Don Ramón de la Cruz ofrece a nuestro pintor en 1892 un cuadro con ribetes del mundo de Godoni, grato a Fortuny, resurge en septiembre 1899 en la memoria de su autor y exista su deseo de volver a darle vida artística a siete años de distancia de su primera versión. Y más curioso resulta advertir que Puig Roda había realizado un viaje circular por la Italia septentrional en septiembre de 1892 de cuyo periplo se trajo interesantes y estupendos apuntes como este *Pórtico de Verona*, que aquí se reproduce entre ellos varios de Venecia con el Palacio de su Dux, y que cuando vende su *bautizo* de Berlín en septiembre de 1899, al evocar su cuadrado del mismo tema vendido en 1892, y comparar la diferencia de su precios, recuerda también el viaje que con el producto de esa venta pudo hacer por el norte de Italia el mes de septiembre

de aquel año. Y con estas memorias se exacerba la pervivencia de aquel embrujo de Venecia con el insólito espectáculo de un alborozo callejero en comitiva de bodorrio o de bateo, sugestiva causa de la primigenia idea de un cuadro de época. Mas el pintor la rechazó entonces por inoportuna, pues lo que en aquellos días buscaba era un tema grandioso, de epopeya, para el cuadro de Historia que debía pintar; y el episodio callejero, abigarrado con el pintoresquismo de los disfraces en los lienzos murales de Juan Bautista Tiépolo, no ofrecía inquietudes dramáticas sino la perspectiva dichosa de un romance amoroso.

Además de la delirante visión del burbujeo de colores, chisporroteando en brillos dispersos en el irisado ambiente veneciano, le alucinaba como juego mágico de la paleta de Fortuny. Era el secreto de la seductora exquisitez tan peligrosa por su atractivo, en *La Vicaria*, cuya pintura prócer alarde esmaltado de turgencias en rostros, brazos y descotes de los personajes, y de joyante lustre en sedas del vestuario, y en metales y barnices de los muebles en la estancia eclesiástica fascinaba al bueno de Puig Roda. La fantasmagoría de aquella escena, se animaba en feliz epitalamio promesa cierta de una boda cercana. ¿Acaso Una boda en Venecia? Con ayuda de Dios, conjuró la tentación Puig Roda, y para olvidarla se dedicó entonces a estudiar Historia, hasta que descubrió la tragedia de *la expulsión de los moriscos* —tan grave en su tierra nativa— y la pintó para quedar con su Diputación en paz en diciembre de 1894.

Pero la idea veneciana había quedado tácita, aletargada, y dispuesta a despabilarse cuando cualquier memoria propicia la soliviantara. Y este papel, precisamente, es el que ejecuta. *La vuelta del bautizo* que desde el mes de marzo de este año 1899 callejea con su compadrazgo, en pos del *rorro* en brazos de su nodriza y ronda los pensamientos dormidos de nuestro pintor, a cuyo influjo va despertando poco a poco la idea de la boda veneciana, como lo demuestra en la Agenda la nota del mismo día en que cobra su autor el cuadro *La vuelta del bautizo*, 18 de septiembre de 1899, que dice: “Empiezo a trabajar con modelo en el cuadro *Boda en Venecia*, fondo del Palacio Ducal”.

Lo cual nos revela que si empieza “ahora” a trabajar con modelo es porque “antes” había trabajado sin modelo, bosquejando figuras y grupos, hasta que la idea artística maduró lo suficiente para poder cuajar ya en pintura de composición aceptable.

A la evidente sugestión estética del cuadro de Fortuny cuya belleza reconocimos y elogiamos ya, se añade la sugestiva psíquica emanada del propio tema de *La Vicaria*, como esperanza venturosa, pues el acto de la firma de los esponsales tan deliciosamente representado en el lienzo ya es un augurio de felicidad. Flechazo impresionista in-

deleble sobre el pintor que lo interpreta como invitación a prolongar el tema nupcial con su pintura.

La evolución rapidísima de estas sugerencias en el ánimo de Puig Roda, hubo de seguir el mismo proceso, manifiesto así también pero con ritmo naturalmente más lento, en el acontecer biológico, y social de los casos reales análogos: al formalizar los novios su compromiso matrimonial (La Vicaría) inician el prólogo del himeneo que ha de consumarse en su boda; himeneo, siempre solemne, ni más ni menos que según lo va pregonando esa *Boda en Venecia* de Puig Roda. cuya comitiva vemos en marcha detrás de la nupcial pareja sobre una alfombra de rosas en el patio del Palacio Ducal.

Con su pintura detallista, pero vigorosa, y rica de color, cuyo atildamiento en el dibujo no priva de garbo ceremonioso a los ademanes de las figuras, este cuadro nos brinda todo su encanto con la escenografía "corampópulo" de musa picaresca (tutelar de una boda como de un bautizo) cuyos personajes aun cuando se atavian con prendas de modas similares, a las vestidas en *La Vicaría*, por ser ambos vestuarios de la misma época, ofrecen palmaria distinción de unos a otros entre ambas composiciones, pues el donaire familiar en su natural elegancia de la escena española contrasta con la teatralidad genuina de la italiana. En la presente empresa Puig Roda fue émulo del genial Fortuny, sin abdicar de su personalidad artística que permanece con caracteres propios y típicos en esta *Boda en Venecia*, sino rival en primor y en fama de *La Vicaría* del taumaturgo pintor de Reus, al menos digna de estar a su lado y admitir parangón y crítica sin decaer y eclipsarse. Recordemos a este propósito la crítica de *Hans* en "El Debate" (de Madrid 4 noviembre 1920) ya citada, en la que se advertía cómo Puig Roda, ante la influencia de Fortuny no era un copista, sino que conservaba bien definida su personalidad, con fuerza y carácter propios.

El cuadrito de *Una boda en Venecia* está ya listo para correr mundo. Y dice el dietario: "2 enero 1900. Envío a la Exposición de Rusia dos cuadritos: *El brindis* y *Una boda en Venecia*".

"27 marzo 1900. Recibo carta del Signor Espina de San Petersburgo anunciando la venta del cuadro *Una boda en Venecia* por mil francos".

Ni corto ni perezoso, nuestro pintor, explota el éxito económico de este cuadro preparando rápidamente su réplica para remitirla a otra Exposición con su título italiano: "30 marzo 1899. Remito a la Exposición de Berlín el cuadrito *Uno Sponsalizzio in Venezia* y *Le Modiste*".



“14 abril 1900. Me compran los derechos de reproducción de *Una boda en Venecia*.”

1.º julio 1900. Recibí en Tirig del Sr. Wiskott de Berlín 150 francos oro por los derechos de reproducción de mi cuadro *Una boda en Venecia*”.

Recibí 400 fr. por el cuadrito que mandé a Viena: “El Notario”.

“19 de julio 1900. En esta fecha firmé el contrato cediendo los derechos de reproducción de mi cuadro *Una boda en Venecia* que me ha comprado la casa Wiscott de Breslau por 150 fr. oro”.

“29 septiembre 1900. Recibo carta certificada, con fotografías de varios tamaños de mis dos cuadros *Una boda en Venecia* y *La vuelta del bautizo*, de la casa Wiscott de Breslau (Alemania)”.

Estaba Puig Roda en su pueblo cuando firmó el antedicho contrato y celebró esta favorable operación con una comilona, según acostumbraba a regodearse en casos análogos, en Roma invitando a sus amigos. En esta ocasión anota el gandeamus así:

“23 julio 1900. Hicimos una paella en Nuestra Señora de los Angeles. Eramos don Fausto el Pellerero y yo, de Tirig y Joaquín, uno de Toro, y otro de Las Cuevas y ocho de San Mateu”.

Las hojas de su Agenda registran muchos festines de esta índole en Roma, en Barcelona y en Tirig, pues tiene cuidado Puig Roda de consignar así las fechas en que él convida a sus amigos y el gasto que le resulta, como los banquetes sociales del Círculo a que asiste y las frecuentes ocasiones en que le invitan a él a comer en sus casas cuando estaba en Roma: Los Benlliure, el pintor Gállego, y otros pintores compañeros; y en Barcelona y Castellón sus antiguos amigos y protectores, en primer lugar el barón de Casablanca D. Enrique Bosch. Y tanta importancia da al rito manducatorio que lo considera como la advertencia más digna de recuerdos, ya que a su regreso de París la única observación que anota en su dietario, dice así: “900. 20 oc. Regresé a Barcelona del viaje a París donde he permanecido unos quince días para ver la Exposición Universal.

La mejor casa que hemos encontrado en París para comer fue Restaurant des Esperts, Fanbourg de Montmartre n.º 2, ángulo al Boulevard des Italiens”.

La minuciosidad de estos apuntes, acusa el carácter sociable de nuestro pintor, transformado de aquel rústico pastorcillo de su niñez en el señoril artista que asiste a las fiestas elegantes de los salones y a la solemnidad de la Opera o de los Conciertos Musicales en Roma, con el correcto traje que nos descubre esta nota:

“1894. 3 febrero. Me mandé hacer un par de zapatos escotados para la fiesta del Círculo que se debe hacer esta noche”. No es la única nota que menciona la compra de calzado, pues en otras fechas repite

el encargo no sólo de otros zapatos escotados, sino también los de modelo corriente, y de botas. De éstas, las adecuadas para el traje de cazador, que adquiere con sus correajes, sombrero, etc. Las numerosas cuentas de sastre anotadas indican lo nutrido que estaba el guardarropa del artista.

Gabriel Puig Roda, devoto del deporte cinegético, utiliza la mediación de algún amigo para obtener su licencia anual de caza, primero en Roma y luego en Castellón. Hombre agradecido, corresponde al favor que recibió, con su regalo escogido entre sus obras pictóricas. En sus notas de Agenda sólo figuran las fechas de parte de estos obsequios, casi exclusivamente los brindados a los políticos que le ayudaron en su carrera (Duque de Tetuán, Enrique Bosch barón de Casablanca, los hermanos Fabra (Luis y Manuel) y Navarro Reverter, padre e hijo, etc.) y parte de éstos, los que intervinieron, por su encargo, en las renovaciones de su licencia de caza (Ramón Huguet, Rafael Fabra, etc., en Castellón, o Césare Negri, en Roma).

Además de las diligencias y cartas para la renovación de la licencia, el deporte cinegético trasciende de su dietario sólo por la mención aislada del perro, y de su equipo de cazador, escopetas y municiones, pues sólo una vez lacónicamente alude a la práctica de su afición, mientras vive en Roma así:

“3 mayo 93. Ayer y anteayer he estado de cacería”. Tampoco se cuida de anotar sus hazañas de caza en España, pues sólo en una ocasión anota que fue de cacería con Don Enrique Bosch, y mató una perdiz y una raposa cuya piel mandó curtir.

Prodigó los referidos obsequios a sus amigos compatriotas desde el 4 de mayo 1900 fecha de su definitivo regreso a España.

En enero de 1900, se presenta en su taller un joven castellonense, que becado como él lo fuera por la Diptuación, viene a ampliar estudios a Roma, se llama Castell, y entre ambos nace una sincera amistad y admiración pues el joven aprendiz, fue siempre un admirador de la pintura de Puig, al que en muchas ocasiones imitó. Allí Castell conoce al tenor Viñas y estudia con Puig, pero hete aquí que de pronto cae enfermo el joven Vicente de fiebre amarilla y Puig que ya contaba con volver a España, carga sobre sí con Castell, que no tiene dinero y le devuelve a España, rasgo que Castell agradecerá siempre y que referirá, con emocionado acento, al recordar que de no ser por Puig, se hubiese quedado paralítico, rasgo que demuestra el alma grande y bondadosa del preclaro hijo de Tirig.

Castell vuelve a España con Puig y de éste recibe una “cabeza de estudio” a la acuarela que representaba un hombre con barba, dedicada a él y que el joven Castell colocaría en lugar preferente

en su estudio para contemplación de sus alumnos a quienes refería su amistad y las bondades que con él derrochó Puig Roda.

Esta circunstancia hizo más frecuente su contacto con las personas simpatizantes y afectas al mando artístico y literario que en aquella época bullían en torno al periódico "Heraldo de Castellón". Por aquel entonces era éste el organizador de un Certamen Literario y Artístico para dar muestra del estado de cultura de la Provincia de Castellón a fines del siglo XIX, cuya ambiciosa convocatoria tuvo resonancia nacional. Naturalmente sólo podían concurrir a este Certamen los nacidos en la provincia —caso de Puig Roda— o los residentes y avecindados en ella que ya hubieran adquirido carta de naturaleza.

Los posibles competidores, eruditos, literatos, investigadores, músicos, pintores y escultores, acudieron con los varios frutos de su labor a dar respuesta a este nutridísimo sumario para el que se dignaron otorgar sendos premios, desde S. M. la Reina Regente y altísimas personalidades del Gobierno, de la Iglesia, del Ejército, y la Política, hasta las Sociedades y Corporaciones de Castellón y de los pueblos de su provincia. Entre los temas de la sección de Bellas Artes, figuraba el premio extraordinario de S.A.R. la Serenísima Señora Doña María Isabel Francisca consistente en un reloj de oro, para la mejor pintura al óleo cuyo asunto sea una escena de costumbres de Castellón o su provincia. (Cuadro de Caballete).

Trabajaban en aquella época en Castellón varios pintores de positivos méritos; además de Vicente Castell, de valiente y luminosa paleta el profesor Pérez Olmos retratista de fino pincel y autor de artísticas alegorías en la decoración de la bóveda del Teatro Principal, cuya labor compartió con Manuel Sorribas y con Emilio Aliaga<sup>21</sup>. En pos de éstos empezaba a despuntar el malogrado Sánchez Safont, diestro en lograr felices contrastes de claroscuro y llamativos efectos nocturnos. Residente ya en Barcelona, Puig Roda recibe el programa que anunciando el Certamen publicó *Heraldo de Castellón*, y decide concurrir, según anota en su Agenda:

"6 febrero 1901. Remito a D. José Castelló y Tárrega una caja a gran velocidad conteniendo un cuadro, "El Mercado de los Domingos" que he hecho expresamente para el Certamen castellonense".

El pintor se había ya instalado en Barcelona desde su regreso de Roma y empezó a recibir el *Heraldo de Castellón* desde el 19 de julio de 1900 según consigna en la Agenda. Y en otra página dice: 27 junio, 02. En el *Heraldo de Castellón* de ayer llegado hoy a Barcelona trae el fallo del Tribunal de la sección de Bellas Artes del Certamen Cas-

21. Para el estudio de todos estos pintores véase GASCÓ SIDRO, A. J., "Dos siglos de pintura castellonense" (Tesis Doctoral) Valencia, 1973.

tellonense y veo que me han concedido el premio de la infanta Isabel consistente en un reloj de oro a mi cuadrito el "Mercado". Efectivamente el 27 junio 1901 se publicó el fallo del Jurado de Bellas Artes y en él se adjudicaba el premio al cuadro que con el título de *El Mercado* presenta su autor, D. Gabriel Puig Roda eminente pintor ex-pensionado de nuestra Excma. Diputación Provincial.

El tema este del *Mercado* lo trata Puig Roda con mucho éxito, por lo menos desde el año 1893, pues en su dietario anota haber cobrado 900 marcos por "el cuadrito del *Mercato*"; y el año siguiente, en 1894, recibe de San Petersburgo el encargo de hacer una copia que le ajusta el comprador en mil francos, quien paga el cuadro al recibirlo en enero de 1895. En la versión que pinta en 1901 para el Certamen de Castellón depura el tema desarrollado en las distintas interpretaciones anteriores, suprime personajes que recargaban innecesariamente la escena, y varía los gestos y las actitudes de las figuras restantes en consonancia con la nueva disposición de todas ellas. Consigue así la expresiva composición de esa anécdota pueblerina, colorista y rica de paleta y graciosa de dibujo, ambientada con pintoresca naturalidad bajo la luz alegre de una mañana festiva: en resumen, una pequeña obra maestra de pintura realista.

El atractivo de esta obrita perdura a través de los años pues al cabo de un cuarto de siglo del éxito antedicho (del primer *Mercato*) en el 1919, Don Justo Bou, aun le encarga una copia de este cuadro, y Puig Roda todavía puede venderle —un año antes de su muerte— la versión definitiva, que es un admirable bodegón con figuras.

En el año 1907, la revista de Arte de Barcelona *Album Salón*<sup>22</sup> dedica uno de sus números, con carácter monográfico, a publicar la obra pictórica de Puig Roda. Entre los cuadros suyos que reproduce a todo color, se encuentra el lienzo al óleo titulado *La fiesta del pueblo*, primigenia aparición del asunto tratado después con el título de *Mercado del domingo*, trueque de títulos sobre un mismo tema según acostumbra a practicar este pintor. En el cuadro de referencia en *Album Salón* aparecen ya algunos de los elementos que perdurarán en las sucesivas versiones como son: de la tartana, centro de la escena se derrama decorando el suelo su carga de verdianrea cornucopia frutal; el tipo de carretero mercader, balanza en mano, y el secundario grupo de vendedoras, con su mostrador al fondo de la derecha rodeado de mirones. Estos personajes del segundo término irán cambiando en las posteriores representaciones del mismo episodio, unos para adelantarse al primer plano y otros para desaparecer del cuadro dejando la escena con la diafanidad que puede contemplarse ya en el cuadro premiado en Castellón.

22. ANÓNIMO, *Album Salón*, Barcelona, febrero 1907.

Fuera por convicción, o por falta de circunstancias favorables, Puig Roda no celebró en su vida ninguna exposición unipersonal de sus obras. En cambio concurrió parcialmente a cuantas exposiciones colectivas de cariz comercial le ofrecieron propicia venta a sus cuadros.

Hemos citado en distintas fechas las frecuentes solicitudes recibidas por Puig Roda para la compra del derecho de reproducir en fotograbado sus cuadros, y estos indicios de éxito y boga de su pintura los recibe y consigna el autor en un dietario en escuetas notas a estilo de fría contabilidad, sin asomos de fastidio o de simpatía. También intenta aparentar indiferencia al recibir algunos de los ejemplares de revistas francesas, alemanas, etc., en que se publican tales grabados— como *Las bailarinas*, *el Zapatero y la dama*, etc.— pero el propio cuidadoso interés en registrar el suceso en sus notas demuestra que le resulta halagüeño.

Ya en su retiro de Vinaroz, desde el año 1903, va consignando en su Agenda las noticias relativas a la publicación en la revista barcelonesa *Album Salón* del número especial monográfico, reproduciendo sólo cuadros de la firma Puig Roda, y se advierte la complacencia con que acoge el proyecto (aunque no añada palabras de evanescimiento a las precisas para comprobar la natural satisfacción de ver su obra festejada) en las siguientes notas:

“1907. 4 enero. Recibo carta del Director de *Album Salón* de Barcelona en la que me pide fotografías para llenar el número especial de dicha revista que hacen expresamente para mí”.

“1907. 6 enero. Saqué retratos de fotografías mías para remitir al Director de *Album Salón* para publicarlo en el número que dedica a mis obras”.

“15 febrero 1907. Recibo de la Administración de *Album Salón* seis ejemplares del número de 1.º de febrero dedicado exclusivamente a mis obras pictóricas”.

Al distribuir estos ejemplares entre sus últimos y sus compromisos sociales, le faltan más y los reclama, para remitírselos a sus amigos de Roma, del Cairo, de Santiago de Chile, etc., cuyos nombres puntualiza en la Agenda, en la que no vuelve a encontrarse ninguna referencia a los comentarios o críticas que pudiera haber suscitado aquel homenaje publicitario rendido al pintor Don Gabriel Puig Roda por la revista de arte *Album Salón*. Este silencio inexplicable alrededor de su personalidad y de su obra artística le rodea casi siempre en su patria; ni en diccionarios biográficos ni en las Enciclopedias podemos encontrar su nombre, y únicamente en la Biblioteca de Salvat al hablar de la pintura a la *Acuarela* y publicar algún grabado como ejemplo, escoge una de las famosas acuarelas de Puig Roda, y estampa al pie el nombre del autor.

En la colección de pinturas de Puig Roda reproducidas en *Album Salón*, se advierte el predominio de cuadros con tema popular español y actual, esto es, el casi exclusivo cultivo del natural en cuyo ejercicio, consiguió Puig Roda sus más rotundos triunfos. Por otra parte no hay motivos para desdeñar su obra pintoresca de escenas y tipos del siglo XVIII, que siguiendo la temática, iniciaba por Messonier y acendrada hasta el primor por los pinceles de Fortuny, se puso de moda largos años y a ella rindió parias Puig Roda creando entre varias obras menores las deliciosas escenas de *La fiesta del Cardenal*, *El Zapatero y la dama*; *La vuelta del bautizo* y *Boda en Venecia*. Pero es en *El Mercado del Domingo* y en *El cacharrero* y los otros cuadros que la espontánea realidad que veremos después, donde nuestro pintor es fiel a sí mismo sin concesiones interesadas a la moda. Una vez más acierta el proverbio francés: "Si ahuyentas el natural, volverá en seguida".

### REALISMO AL NATURAL

Desde que Puig Roda se instala en Barcelona, a su regreso de Roma en mayo de 1900 su dietario empieza a escasear en noticias acerca de la nueva producción de este pintor que no obstante su inmediata presentación en el Círculo de Bellas Artes (a cuya exposición permanente envía algunas acuarelas, y participa de la vida social asistiendo a veladas musicales y banquetes *honoris causa*) sigue al parecer más relacionado con el mercado artístico de París que con el de Barcelona, para la venta de sus cuadros. Por ello no le supone grave trastorno el traslado de su estudio de Barcelona a otro punto, que le permita mantener contacto con sus marchantes extranjeros, y situar su domicilio a poca distancia de su pueblo natal. Elige la población de Vinaroz, donde se establece en octubre de 1903. Las anotaciones en la Agenda, desde comienzos de este año se refieren en su mayoría a los obsequios para su prometida, adquisición del ajuar de la novia, documentación matrimonial y diligencias pertinentes al casamiento, cuya solemnidad la registra el interesado con laconismo, así: "26 noviembre 1903. Contraje matrimonio con Josefa en la Párrquia de Benasal" (La novia se llamaba María Josefa Alcácer Monterde, nacida en Tirig el año 1873; murió en Barcelona el 9 de agosto de 1965)<sup>23</sup>.

Después de este capital acontecimiento en la vida de Puig Roda las notas del dietario nos dan pocas noticias de la antigua laborio-

---

23. Comunicación del hijo del Pintor Gabriel Puig Alcácer al autor.

sidad del maestro, pues aparte del episodio homenaje de *Album Salón* en 1907, de que ya hemos hablado, no encontramos mención de obra interesante hasta "28 julio 1911. Vendí a D. José Queralt un cuadrito, *El cacharrero*, por 200 pesetas". "21 diciembre 1913. Vendí en esta fecha a D. Justo Bou una docena de acuarelas, tres tablillas y una tela al óleo, por el precio global de pesetas mil ochocientas setenta y cinco". "23 octubre 1915. Remito certificadas por correo a D. Luis Brugés de Barcelona, tres acuarelas (*Esperando el pescado; Arreglando las redes, y Plegaria a la Virgen*) que me ha pedido para procurar la venta entre sus numerosas relaciones". "6 agosto 1918. A Don Justo Bou vendí 8 bocetos en 1.200 pesetas, y 6 tablillas a 100 cada una y dos acuarelas a cien cada una, y el cuadrito *del mercado* por quinientas sumando en total 2.500 pesetas, y a última hora me compra otra acuarela a cien pesetas (2.600 ptas.).

"20 mayo 1919. Remito en esta fecha certificados dos bocetos "*la vuelta del bautismo*" y "*últimos momentos del Cid*", a Don Francisco Ferreras, de Madrid".

Esta última anotación, que tiene casi el valor patético de una cláusula testamentaria, (pues el pintor murió el 21 noviembre de aquel año 1919) queda como una interrogación sin respuesta. El hecho de desprenderse, al cabo de los años, de dos bocetos de cuadros de su primera época, sin indicar si es por venta, ¿revela que el pintor tenía el presentimiento de su cercano fin, y obsequiaba con aquel recuerdo a un antiguo amigo y admirador de tales pinturas?

Las notas de su Agenda en estos años de su residencia en Vinaroz, registran pocos datos artísticos, pues no hablan de los retratos de amigos y parroquianos ni de los apuntes de paisaje que en esta época Puig Roda pinta cara al mar y sus barcas pescadoras, en cambio reflejan numerosos detalles idílicos de su vida familiar, pues tanto se cuidan de consignar curiosidades acerca de cultivos agrarios aplicables en su segujal o pequeño predio rústico propio como copia en otra ocasión una receta para la inefable curación de la tosferina; o cualquier otro consejo precioso para la perfecta higiene infantil, y prevenciones terapéuticas de los niños; o sienta el gasto por compra de libros de texto, o cuadernos de ejercicio escolar. Nadie mejor que su hijo para describir el régimen de trabajo del pintor, en dicha época: He aquí fragmentos de sus artículos en el semanario titulado VINARÓZ (21 noviembre 1959 y 13 marzo 1965):

"Vinaroz vino a ser su patria chica por adopción. Su casa, a extra-muros de la calle del Pilar, constituye recinto ideal para concentrarse en su trabajo: Amplio "parral"; espacioso y policromo jardín de cantarina fuente y verdes setos, allí planta diariamente su caballete, al aire libre, a plena luz, bajo dosel de lozanos pámpanos...

No precisan, sus obras de esta época, de minucioso análisis para descubrir en ellas el reflejo de esta placidez, de esta tranquilidad de espíritu de que disfrutaba mi progenitor. ¿Su tema predilecto? Cuadros de costumbres valencianas en los que recoge toda la poesía y la luz que encierra el cielo levantino... tanto se prodiga en temas bucólicos, como cultiva el retrato a la acuarela.

.....

Mas atendiendo asimismo a la llamada del paisaje —faceta poco conocida en él por haberla cultivado con lamentable limitación— no pudo sustraerse a los bucólicos encantos del campo... y supo aprisionar en cada caso con sobria pero precisa dicción pictórica los más sutiles valores cromáticos que esmaltan la ubérrima campiña vinarocense”.

A esta época añorada por el hijo pertenecen los cuadros más representativos del auténtico ideal estético de Puig Roda: La visión realista de su arte, la interpretación pictórica de la Naturaleza sin ficciones convencionales. Para el artista se identifica la Verdad con la Belleza. Unica premisa: regir la elección del asunto para su obra con un criterio de serenidad moral: Escoger temas sanos. Con esta norma basta para que de toda la pintura de Puig Roda trascienda un efluvio gozoso, tranquilo, que en muchos casos tiene valor poético. Contemplemos los cuadros *Tarde de domingo*, con su minucioso dibujo como *El cacharrero* de calidad documental; los tipos de *La siega* con luminosa pincelada en su paisaje; *Los dos hermanitos*, prodigio de ternura y de valentía técnica, etcétera. También algunas acuarelas tienen el interés de su acierto en la composición y la amplitud del esfuerzo realizado y logran categoría de cuadros al óleo y a veces la superan. Son buenos ejemplos *El memoralista* y el retrato de la dama de *la mantilla blanca*, cuya beldad y validez artística es asombrosa, dada la perfección conseguida pese a las dificultades acuarelísticas.